

die podía llamar suya una cosa, <sup>(1)</sup> y la grandiosa generosidad con la cual socorrían á los pobres.

Si examinamos en la historia de la Iglesia, los primeros comienzos de aquellas asociaciones, cuya misión consistía en continuar la vida de la comunidad apostólica, en más ceñidas esferas, porque, en el seno de aquella Iglesia siempre creciente, no podía uno mantenerse de una manera general en la primitiva severidad, hallamos entonces, á la cabeza de toda enseñanza ascética, el principio de que quien quiera servir á Dios en la vida religiosa, debe abrazar la pobreza, y eso en todos sentidos. <sup>(2)</sup> El desasimiento completo de toda posesión alimenta la verdadera filosofía, <sup>(3)</sup> presta reposo al alma, <sup>(4)</sup> y enseñale el camino de la piedad. <sup>(5)</sup>

Si seguimos las tentativas todas ocurridas en el transcurso de los tiempos para levantar la vida religiosa cuando declinaba, por doquiera encontramos este hecho, que los reformadores ilustrados por el Espíritu de Dios, y alocionados por la experiencia, comenzaban por restaurar el espíritu de pobreza. Y con razón. Pues la experiencia demuestra que la perspectiva del éxito en las reformas desvanécese por adelantado, allí en donde tal espíritu no se halla despierto, y que los mejores comienzos á nada llevan tan luego como ese espíritu ha desaparecido.

Todo eso hállase de manera tan evidente en la Sagrada Escritura y en la más lejana historia del Cristianismo, que muchos han creído que el antiguo y verdadero espíritu cristiano no daba valor alguno á la fe en las cosas suprasensibles, de igual suerte que á la oración y á otras prácticas del culto divino, sino que hacía consistir exclusivamente la religión en el desasimiento completo del mundo, y en las obras de misericordia.

No podemos ocuparnos aquí en esta exageración. Hé-

(1) Act. Ap., II, 44 y sig.; IV, 32-34.

(2) Basil., *Ep.* 22, 3.

(3) Basil., *Ep.* 4 (Migne, *Patr. græc.*, 32, 237).

(4) *Vitæ Patrum*, 3, 169 (Migne, *Patr. lat.*, 73, 797).

(5) Basil., *In Isai. prophet.*, n.º 80.

moslo hecho ya en otra parte. <sup>(1)</sup> Pero lo que es muy cierto, es que el Salvador, lo mismo que los Apóstoles, han recomendado la renuncia á las cosas de este mundo <sup>(2)</sup> y las obras de misericordia. <sup>(3)</sup> De tal suerte, que á veces pudiera creerse que no es posible llegar por otros medios á conseguir la salvación.

Tal interpretación sería, no obstante, contraria á la doctrina evangélica. Pues ésta no nos permite en manera alguna dudar, de que, al recomendar la práctica de la pobreza perfecta, no entiende establecer una obligación que se aplique á todos, sino dar solamente un consejo á quienes aspiran á una perfección más alta, <sup>(4)</sup> y que tiene por cumplidas sus exigencias, con tal que nadie ate su corazón á los bienes terrenos, sino que sepa practicar el tan difícil arte de ser pobre de espíritu en medio de las riquezas. <sup>(5)</sup>

Así, pues, con tan suave como elevada enseñanza, el Cristianismo puso el hierro en la llaga más sensible del corazón humano; cortó lo que se necesitaba cortar para curarle, y dejó á la propia libertad el cuidado de escoger el remedio seguro, según el impulso interior y la posibilidad exterior de cada cual.

Aconsejó lo más perfecto, recomendó lo necesario, y dió con ello mismo á cada uno la posibilidad de lograr su salvación.

Pero hay una cosa por él impuesta como obligación general, y es el desprender á lo menos el corazón de los bienes terrenos y el estar dispuesto á todos los sacrificios cuando la voluntad de Dios lo exige.

**8. Los tres frutos de la renuncia del mundo.**—Aquí podemos admirar la sabiduría de la educación divina. Esa palabra sacrificio, de la cual no quiere oír hablar el mundo, esa palabra que choca también á los pobres y á los desheredados—pues aun cuando no posean tesoros, de-

(1) Vol. V, conf. VI, 6, 9.

(2) Luc., XIV, 33.

(3) Matth., XXV, 35 y sig. Jac., I, 27.

(4) Matth., XIX, 21.

(5) Matth., V, 3. Cf. Ps., LXI, 11.

séanlos en su corazón.—esa palabra, la primera que el Espíritu de Dios pronuncia, y que tal dolor causa al alma sumergida en las cosas terrenas, por lo mismo que corta profundamente en las más caras afecciones, tiene un triple resultado. Rompe los más pesados hierros para el espíritu, liberta el corazón y temple el carácter.

Con eso, el cristiano hállese preparado para la misión que Dios le impuso. Pues si quiere ser fiel á su vocación, necesita tres cosas: valor, libertad y generosidad.

Si alguien me pregunta lo que ante todo necesita para alcanzar su fin sobrenatural, no puedo decirle más que esto: valor y decisión. Es montaña escarpada la que hay que subir, y el camino que á la cumbre conduce es estrecho y escabroso. Los obstáculos son numerosos, y fuertes los enemigos que le cierran el paso. Para vencerlos, requiere valor. Pues bien, es un hecho práctico que no se desaniman fácilmente los que nada temen, y que difícilmente se pone en fuga á quienes nada tienen que perder.

El hombre es un enigma, como quiera que se le considere. Prefiere dañar su piel á estropear sus vestidos; pónese ante una lluvia de balas y se guarece ante un chubasco. En donde su vida corre peligro, tórnase arrogante. Sabe, en caso necesario, resistir al ver amenazado su honor. Pero quien toca á sus bienes redúcele á la más absoluta impotencia.

Ahora bien, ¿cómo pudiera ser eso, tratándose de quien por nada se halla retenido aquí bajo? ¿Ante qué peligro huiría quien dió lo último que naturalmente érale querido?

Sin embargo, ¿de qué sirve el valor en donde el hombre no es libre para seguir los impulsos de su corazón?

¡Cuántos hay que son héroes en casa, cuando hablan de asuntos bélicos, y que tal vez lo serían realmente si se vieran ante el enemigo! Pero mil lazos que no pueden romper encadénalos, y quizá aumentanse cada día. Así, todos esos hechos heroicos que cumplir quisieran, bien presto se desvanecen. Pues bien, la mayor parte de esas

cadenas rómpense en el momento en que cualquiera puede decir con San Pedro: «Señor, he aquí que todo lo hemos dejado por seguiros». <sup>(1)</sup>

El mundo compadece soberanamente á los pobres ciegos, como él dice, que, á consecuencia de un supuesto prejuicio envejecido, han abandonado sus goces y sus bienes terrenos. Pues bien, ese mismo mundo dice á esos mismos insensatos en los momentos difíciles y decisivos, en los cuales necesitan luchar penosamente para defender los derechos de la verdad, conservar intactos su honor y su conciencia: «¡Oh! cuán dichosos sois actualmente. Os veis libres, y nosotros atados. Obrad, pues; nosotros no podemos. Podéis hablar; pero nuestra boca está sellada. No estáis obligados á guardar miramientos á nadie. ¿Quién puede causaros daño? Sois independientes».

Tiene razón el mundo. Quien quiera saber lo que es la esclavitud del espíritu, no tiene más que ponerse bajo sus banderas. Ó más bien, no tiene una idea bien clara de la prisión en que vive, ni noción bien exacta de la libertad del espíritu, en tanto que, en hora penosa, en la cual todo se agita, no se halló ante un hombre enteramente despegado del mundo, de sus goces y de sus bienes.

Pero desde que el espíritu alcanzó su libertad, halla en seguida esa flexibilidad y ese empuje que le son naturales.

El hombre no se halla tan clavado á las cosas de la tierra, ni tan encadenado al polvo, como su pereza parece hacérselo creer. Ha caído de su elevación, es cierto, y ha caído en el fango. Pero no puede desentenderse de la tendencia que le empuja hacia lo alto. Ni los goces de la vida no son bastante aturdidores para suprimirla por entero. Apenas el cansancio produce una interrupción, cuando de nuevo aparece. Una sola cosa es capaz de hacer callar por entero esa inclinación ideal de la naturaleza humana: el amor á las riquezas, ese amor que es como peso de plomo, que ata el hombre á la tierra. Hasta es más. Es como

(1) Matth., XIX, 27.

aquel manto de plomo dorado, con el cual Dante veía pasearse á los condenados. Cuando alguien se ve cargado con ese peso, pierde, no tan sólo la capacidad para ocuparse en cosas más altas, sino que pierde hasta el deseo de pensar en ellas. Cuando uno se desentiende de lo que le ataba á la tierra, su espíritu distiéndese súbitamente, y logra lo que hasta entonces parecíale incomprensible. Sabe apreciar lo que antes le disgustaba. Siéntese atraído á las cosas espirituales, por las cuales antes no sentía más que secreto horror.

El idealismo cristiano que la gracia sobrenatural inspira al espíritu y al corazón, tiene fácil tarea con tales almas. Allí en donde otras se arrastran penosamente, ellas corren; allí en donde otras hállanse clavadas á la tierra, ellas lánzase al cielo; allí en donde el espíritu del mundo vulgar quejase y murmura, como si llevase pesos imposibles de levantar, ellas nunca han hecho bastante; y no contentas con su propia tarea, trabajan, expían y hacen sacrificio en favor del mundo entero.

**9. La renuncia del mundo es inmenso beneficio para este último.**—Precisamente en esas almas es en donde se ve mejor que el desasimiento cristiano no es el abandono del mundo, sino únicamente una preparación para prestarle mejores cuidados.

Quien cree que los esfuerzos hechos para llegar á la perfección son egoísmo, y que el hombre perfecto, contento con saber que su propia salvación está segura, abandona de buen grado el mundo á su suerte, olvida qué página brillante forman, en el libro de la civilización, los actos de esa virtud que fué siempre mirada como escuela preparatoria de la perfección, á saber, la indiferencia ante las cosas terrestres.

Es imposible escribir una historia de la pobreza cristiana, desde los apóstoles hasta nuestros días, sin hacer al propio tiempo la apología de la caridad cristiana. ¿Qué angustia y qué miseria habrá dejado sin socorro? Los pobres, los huérfanos, los esclavos, los endebles, los enfermos, los

leprosos, los niños abandonados, los peregrinos, los cautivos, los ancianos, han sido sostenidos y consolados mediante los sacrificios de quienes se despojaron por Jesucristo, y que, sin embargo, habrían podido disfrutar en paz de sus legítimas posesiones.

Cuanto mayor se hizo el número de los necesitados, tanto más hanse desarrollado los medios de socorro de que se podía disponer; cuanto mayor fué el mal de los tiempos, tanto más crecieron las alas de la misericordia. Para cada nueva necesidad encontróse nueva forma de socorro. Las obras exteriores han cambiado con las circunstancias, pero el espíritu interior de la caridad con respecto al hombre y con respecto á Dios no cesó de ser activo.

Quien no comprenda el espíritu cristiano, no puede entender ese enigma.

Solamente con silenciosa sonrisa es dado oír las extrañas palabras con que el mundo trata de explicarse tales contradicciones. «Aquí es en donde se ve como esas personas resultan engañadas—dícese.—Exteriormente preséntanse las apariencias de haber renunciado á todo, y, en realidad, disponen de medios tan poderosos, que nos cuesta trabajo formarnos idea de ellos. Dios sabe como se las arreglan para procurárselos. Por nuestra parte, ignorámoslo».

Hablando con franqueza, con frecuencia ignoramos nosotros mismos como se reúnen los fondos para subvenir á tantas obras. Pero sabemos perfectamente de donde proceden, de nuestra pobreza y de la riqueza de Dios. He ahí todo el misterio. En tanto que persistimos en nuestra renuncia al mundo, somos, dice el Apóstol, «pobres, pero enriquecemos á muchos; parece que nada tenemos, y lo poseemos todo». <sup>(1)</sup> En el momento en que quisiéramos hacernos semejantes á él, tales medios desaparecerían. Si tan sólo en Dios nos apoyamos, somos inagotables, si Dios no nos basta, resultamos tan vacíos como el mundo, que no tiene más posesión que á sí propio.

Por ahí, cada cual puede ver con sus propios ojos, y co-

(1) II Cor., VI, 10.

nocer de evidente manera, que dijo la verdad Aquél que animó á sus discípulos á que fuesen perfectos haciéndoles esta promesa: «Quien haya dejado su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre ó su madre, ó su mujer ó sus hijos ó sus campos á causa de mi nombre, recibirá el céntuplo y tendrá la vida eterna». <sup>(1)</sup>

**10. La renuncia del mundo es garantía del espíritu de apostolado en la Iglesia.**—Así, renuévanse en cada momento sobre la tierra los milagros de los primeros días, allí en donde se hallan los discípulos de Jesucristo, cuando fieles á su palabra, renuncian á cuanto poseen. <sup>(2)</sup>

Los apóstoles eran todavía niños en la fe, é incapaces de comprender los misterios del reino de Dios. El Salvador no podía enseñarles mas que las primeras nociones de la vida sobrenatural, de la vida perfecta. Por eso, esperando, los ejercitó en el espíritu de renuncia al mundo, para que, instruídos por medio de la experiencia respecto de ese primer punto, se apresurasen tanto más á elevar sus aspiraciones, aun en aquello en que no se sigue la recompensa de manera tan pronta y tan palpable.

Los envió dos á dos, sin zapatos, sin báculo, sin dinero en su bolsa. <sup>(3)</sup> Partieron y regresaron sanos y salvos, hasta contentos. «¿Os ha faltado algo?»—preguntóles.—«Nada, Maestro; <sup>(4)</sup> los mismos demonios hannos estado sometidos en vuestro nombre.»—<sup>(5)</sup> «¡Pues bien!—díjoles el Salvador—Sed fieles á mi doctrina. Quien ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí; quien ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí; quien no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí. <sup>(6)</sup> Seréis odiados de todos á causa de mi nombre; <sup>(7)</sup> pero os he dado poder para pisar las serpientes y los escorpiones, y todo el poder

(1) Matth., XIX, 29. Luc., XVIII, 29 y sig.

(2) Luc., XIV, 23.

(3) Matth., X, 8 y sig. Marc., VI, 8 y sig. Luc., X, 3 y sig.

(4) Luc., XXII, 35 y sig.

(5) Luc., X, 17.

(6) Matth., X, 38; XVI, 24; Marc., VIII, 34. Luc., IX, 23; XIV, 27.

(7) Matth., X, 22.

del enemigo, y ese en nada podrá dañaros. <sup>(1)</sup> Quien ama su vida la perderá, y quien aborrece su vida en este mundo, la tendrá para la vida eterna». <sup>(2)</sup>

Los apóstoles comprendieron estas palabras, y vieron que eran verdaderas. En todos tiempos, millares de personas, descansando en las palabras de Jesucristo, y en el ejemplo de los primeros que las practicaron, hicieron la misma tentativa y vieron igualmente cuán verdaderas eran. Y el espíritu de Dios que sopla en donde quiere, sabe suscitar constantemente almas generosas que la comprenden, y prueban al mundo que todavía hoy guardan todo su valor.

En tanto que ese espíritu de renuncia no haya desaparecido de la Iglesia, será prueba de que fué fundada por el Salvador, que está llena del espíritu apostólico, y que es la heredera de las promesas de Dios.

(1) Luc., X, 19.

(2) Ioan., XII, 25; Matth., X, 39; XVI, 25.